

JAIME E. RODRÍGUEZ O.: *Nosotros somos ahora los verdaderos españoles. La transición de la Nueva España de un reino de la Monarquía Española a la República Federal Mexicana, 1808-1824*, El Colegio de Michoacán-Instituto Mora, Zamora, Michoacán, 2009, 2 volúmenes, 799 págs.

Cuando Jaime E. Rodríguez O. publicó sus primeros trabajos sobre las independencias latinoamericanas, en las décadas de los ochenta y noventa del siglo pasado, contribuyó como pocos a la renovación de este campo de la historiografía (1). Su forma especial de recuperar las Cortes de Cádiz —siguiendo el camino abierto décadas antes por su maestra Nettie Lee Benson—, y las preguntas renovadas hechas a la documentación con temas como las elecciones en el mundo hispánico a partir de 1809, la identificación de una etapa autonomista antes de las independencias, la defensa de que nos encontramos frente a una guerra civil y no a luchas de liberación —como ha sostenido tradicionalmente la historiografía—, la insistencia en una amplia participación tanto social como étnica, o el señalamiento de conflictos de hegemonía allí donde la historiografía nacionalista había construido duraderos mitos independentistas, han sido un antes y un después en esta área de estudios.

(1) En mi opinión, dos personas son los artífices de esta renovación. Una es Jaime Rodríguez y la otra el historiador hispano-francés François-Xavier Guerra, lamentablemente fallecido en 2002.

Veinte años más tarde, este autor nos presenta un libro que constituye el trabajo de toda una vida. En este caso se centra en la Nueva España y propone una tesis rupturista que me atrevo a anticipar estará sujeta a reticencias y debates prolongados, antes de que —como ha ocurrido con tantas otras de sus propuestas— se asiente definitivamente en el imaginario colectivo de la historiografía mexicanista y americanista.

En este contexto de cambio de paradigma historiográfico, no puedo dejar de recomendar al lector que lea con mucha atención la Introducción al libro. En ella encontrará no sólo los parámetros de la obra que va a leer, sino una auténtica historia de cómo comenzó y se desarrolló ese proceso de renovación en la óptica de uno de sus más comprometidos protagonistas. Pero para apreciar el espíritu con que está escrita esta obra habría que comenzar por el propio título, *Nosotros somos ahora los verdaderos españoles*. Esta expresión tan curiosa está tomada de una publicación de la época, en concreto el primer número de *El Despertador Americano*, editado en Guadalajara el 20 de diciembre de 1810, y refleja el escepticismo de los novohispanos sobre la capacidad de los nacionales peninsulares para poner coto al avance de la ocupación napoleónica. Y termina con la declaración de que «ahora somos nosotros los verdaderos Españoles, los enemigos jurados de Napoleón y sus secuaces, los que sucedemos legítimamente en todos los derechos de los [españoles] subyugados que ni vencieron, ni murieron por Fernando VII» (I, pág. 23).

Este título especial abre simbólicamente una senda interpretativa que no sólo ahonda en la negación de la «guerra de liberación», sino que se reafirma en un mundo en cambio, a uno y otro lado del Atlántico, heredero todo él de una cultura política formada en los términos básicos del republicanismo clásico: retroversión de la soberanía, representación, *potestas populi*. Cultura política que va a ser colchón y referente de los sucesos que se desencadenan a partir del vacío real que deja el traslado del rey Fernando a Bayona, y que es la base del período de autonomía y afirmación de autogobierno que se va a desarrollar a lo largo de dieciséis años, hasta la constitución de 1824.

Dos cosas habría que destacar en este libro que, aunque está en clara continuidad con sus trabajos anteriores, incorpora contribuciones nuevas y significativas. Por un lado, las muchas páginas dedicadas a la comprensión y análisis de dicha cultura política, particularmente ilustrativas de un fenómeno que excede con creces a la Nueva España; por lo que no podemos esperar sino que sea leído por mucha gente interesada en los procesos de autonomía e independencias en otras partes de América. Por otro, en lo que hace al caso novohispano en particular, el acento puesto en un proceso de una compleji-

dad mucho mayor que la que suele atribuirse al fenómeno independentista novohispano en la mayor parte de la historiografía que se ocupa del período.

El análisis de Jaime Rodríguez incide en la insistencia con que los novohispanos actuaron desde esa cultura política común, que llena de contenido fenómenos tan propios de los movimientos posteriores a la *vacatio regis* como la formación de Juntas que retoman la soberanía y la afirmación de una autonomía que les da autogobierno, manteniendo a la vez los lazos que les ligan a la Monarquía; o la expansión de los municipios y prácticas electorales con notable inclusión social. La escasa simpatía que tanto el virrey Iturrigaray como la mayoría de los novohispanos desplegaron hacia posiciones que les hubieran llevado a separarse de la Monarquía es mostrada con gran detalle y documentación por el autor. De tal forma, el golpe de 1809 resultaría en dos movimientos, ambos de base autonomista: el propiamente constitucional, cimentado en Cádiz y en la tradición constitucional hispánica, y un alzamiento armado —la *insurgencia*— más entusiasta que políticamente estructurado, y por tanto más autoritario que el primero. El triunfo del primero sobre el segundo resultará en la imposición del sistema constitucional gaditano.

Eso sí, no obstante sus claros vínculos con Cádiz, el constitucionalismo mexicano presenta una clara diversificación con respecto a aquél. La configuración territorial mexicana surgió naturalmente de experiencias anteriores, al evolucionar las diputaciones provinciales creadas por la constitución de 1812 en los estados federales posteriores. No obstante, a diferencia del centralismo gaditano, en México fueron las provincias las que dominaron el proceso, abriendo el camino para la tortuosa pero finalmente firme configuración de un país federal. País que durante mucho tiempo, según el autor, se basó en gobiernos nacionales débiles y estados federales fuertes. Uno de los aciertos de esta parte del libro es que Jaime Rodríguez no se asienta en un lugar para dirigir desde allí la mirada al conjunto —que en la mayor parte de la historiografía suele ser el propio México—, sino que examina su propuesta en una amplia diversidad de regiones.

Lo cierto es que Jaime Rodríguez desviste al rey varias veces: muestra que fue precisamente en México donde el nuevo sistema constitucional se aplicó en mayor profundidad y extensión que en cualquier otro lugar de la Monarquía —lo que incluye al resto de la América hispana y a la propia España—. Y señala que ninguna otra región americana participó tan fructífera y activamente en la redacción de la carta gaditana como lo hizo México a través de sus diputados. Por ello, en fecha ya tan tardía como 1824 la constitución que se dieron a sí mismos los mexicanos —que contribuyó a configurar las instituciones políticas del México ya independiente— estuvo basa-

da en aquella primera de 1812. Y este análisis lleva a lo *nunca visto* en una historia de la independencia mexicana: la disminución palpable que se atribuye al peso de la insurgencia, en el marco de un proceso marcado principalmente por una construcción constitucional que abrevaba en una cultura política específica.

Pero es necesario señalar que, aunque el autor pone énfasis en la continuidad de la cultura política más que en el supuesto rechazo a todo lo hispánico sobre el que ha pivotado la literatura tradicional, este libro está muy lejos de explicar dicha continuidad a partir del seguimiento de instituciones que habrían permanecido desde el Antiguo Régimen, manteniéndose prácticamente incólumes a lo largo del siglo XIX —perspectiva esta última muy recurrida en otras historiografías. Por el contrario, el libro sitúa los avatares que se suceden en el mundo hispánico, México incluido, en la perspectiva de las corrientes atlánticas del período; y su insistencia tiene más que ver con el carácter *común* de esa cultura política que con la continuidad de instituciones específicas; por eso, aunque Jaime Rodríguez habla de *continuidad* también recurre a la palabra *evolución*, ya que la dinámica de apertura y modernización venía desde tiempo atrás (véanse, por ejemplo, las interesantes referencias a la amplitud social del sufragio municipal en la época borbónica, pág. 76), aunque 1808 habría acelerado esa tendencia hacia cambios políticos de calado.

Finalmente, no es ocioso destacar que después de estos análisis minuciosos el autor no se priva de señalar algunas posibles interpretaciones sobre la tumultuosa etapa que seguiría a la promulgación de la constitución de 1824. En particular es de agradecer, por lo inusual y lo bien informada, la interpretación comparativa entre la situación mexicana y la de los Estados Unidos, y el análisis de los factores internacionales que —en palabras del autor— «beneficiaron a una nación y frenaron a la otra» (pág. 647).

Detrás de este voluminoso libro hay veinte años de búsqueda paciente en archivos mexicanos y españoles, en sitios tan numerosos como distanciados entre sí: México, Puebla, Veracruz, Oaxaca, Jalisco, Michoacán, Zacatecas, Yucatán, Sevilla, Madrid. Quizás porque es consciente de lo rupturista de algunas de sus tesis, el autor se muestra minucioso y detallista en la documentación. La audacia de la interpretación requiere que nada quede librado a la buena voluntad de un lector crédulo.

En un país —como en todos los de Hispanoamérica— donde la historia se ha escrito desde la capital, donde los actores históricos reconocibles se dividen entre héroes de bronce aparentemente inamovibles y personajes conscientemente oscurecidos, y donde los datos se organizan a mayor gloria de una nación tan inmemorial como inmortal, este último libro de Jaime Rodrí-

guez es de éstos que obligan a repensar el pasado. Por ello mismo, es posible que despierte dos formas de reacción: la que lleva a mirar hacia otro lado, pretendiendo que «ese animal no existe», o la que se afana por abrir un debate, enconado quizás, pero siempre vital. Por el bien de la historiografía, y porque no hay avance del conocimiento sin debate, esperemos que sea ésta la que prime en México en particular, y en toda América en general.

Mónica Quijada
CCHS, CSIC, Madrid